



14/1/94
D.V.

Txotx

FELIPE JUARISTI

LOS niños de ciudad no saben lo que es un manzano, ni de qué color son sus flores, ni cuándo comienzan a brotar como si fueran blancos botones de luz. Los niños de los pueblos, la mayoría, tampoco saben nombrar las distintas variedades autóctonas de manzanas, porque nunca han ido a robarlas a los prados. Hemos pasado de una cultura rural a una cultura que no sabemos de dónde es. La sidrería es un vestigio del pasado. Cuentan que una de las experiencias más bonitas y enriquecedoras que había en esta vida era andar hasta una sidrería y beber allí a la

luz de la luna un vaso lleno del líquido que había estado durmiendo durante meses en el fondo de un barril de roble y acordarse luego de la manzana, la fruta del árbol prohibido, la que maduró entre mujeres y serpientes, allá en el Paraíso. Y luego cantar y filosofar. Dicen que lo de ahora es otra cosa, un próspero negocio, que compite deslealmente con los más afamados restaurantes por la misma clientela. Pero no creo que se trate sólo de eso. Hay algo más en una sidrería, aunque no sabría explicarlo. Constatación: en la época, apenas suele haber sitio libre en ellas.